

# Se murió el paisano

Juan Beltrán

Eran casi las ocho de la noche cuando tomaba vino,  
y de momento, un grito fuera de la morada, perturbó el silencio.  
Salí inmediatamente vislumbrando a un vecino del barrio,  
—Encontraron a Lucas, cerca de su casa, muerto —me dijo.  
Un comunicado de ese tipo no se puede dar de otra manera, supongo;  
salí completamente a la calle para saber los pormenores.  
Lucas era un hombre que olía a cigarro, aún después de haberlo dejado.  
¿Cómo abandonas a un amigo de más de tres décadas?  
Bueno, yo no lo sé, pero él lo supo, lo abandonó.  
Fuimos a donde Lucas, y sobre una roca yacía su cuerpo, distante y frío;  
el pobre quedó, apenas, a unos pasos de su vieja casa del campo,  
donde creció con sus padres, tuvo familia y pasó la mayor parte del tiempo.  
Esperamos arribara el ministerio público,  
y tras declarar la muerte natural, entre los demás vecinos y yo movimos el cuerpo.  
Pienso que pudo morir de tristeza, la falta de tabaco le desencadenó un infarto;  
al cabo de unas horas llegaron sus familiares cercanos y, entre llanto y sollozo,  
también esperamos el arribo del servicio de funerales, mismo que había sido donado.



Cuando fumas y vives la vida, el ahorro no es un hábito  
aunque al despertar, sentado al borde de la cama le preguntes a la muerte: ¿es hoy?  
A la par, nadie podría ahorrar si no ganas más que para comer y para envolverte en humo.  
Cuando llegó el servicio funerario, bajó una caja menos gruesa que la de un cartón de  
huevo  
y metieron bruscamente el cuerpo para trasladarlo al lugar donde sería velado.  
Fue una noche como cualquiera, pero, con una ausencia eterna y de mutismo.  
La mayoría de gente no acompañó el féretro, sólo se escuchaba comentar: —Se murió “el  
paisano”.  
Prendí un cigarro y caminé sendero abajo, hacía frío y me dolía el cuello.

